

nuevo género de felicidad fueron tan dulces para este rico, que se le convirtieron en una fuente de afectos tan delicados y tan puros, y su corazón se volvió en poco tiempo tan sensible y generoso, que después halló sus riquezas muy limitadas y su vida muy corta, para todo el bien que quería hacer. ¡Qué lección para tantas personas que tienen tanto y no saben en qué emplearlo racionalmente; ó para tantas otras, cuya limitada capacidad de alma vuelve avaras para consigo mismas y para con los demás y jamás tienen lo suficiente! ¡Desgraciados! ¡Mueren sin haber sabido lo que es vivir!

Uno de los mayores bienes y de los más verdaderos placeres con que se pueden reemplazar los gastos locos y los falsos placeres del lujo, sería sin contradicción el sumo bien que los grandes propietarios harían morando en sus tierras de lo que moran, vivificándolas con su presencia, y difundiendo con una ilustración bienhechora el gozo y la abundancia. Los labradores estarían más contentos; los campos mejor cultivados; los arrendamientos de los dueños aumentarían y serían mejor pagados; veríanse queridos de sus sirvientes, que diariamente los bendijeran, derramando lágrimas de ternura y de reconocimiento; y en medio de las fiestas y de los juegos campestres que esta revolución multiplicaría muy pronto á sus ojos, serían felices por la felicidad de cuanto les rodeara.

### CARTA TRIGESIMA SETIMA.

LA CONDESA AL MARQUEZ DE VALMONT.

Vuestra moral, tierno y respetable padre mio, vuestros principios sobre el lujo y sobre el empleo de las riquezas, son la única moral y los únicos principios que mi corazón puede adoptar, y que son propios para contentar mi razón. Mi padre me los había infundido desde muy temprana edad, y no me sorprende verlos confirmados tan palpablemente por mi segundo padre, que sois vos. Solo siento que pongais en cuenta y á los ojos de mi marido las obras de caridad y beneficencia, que en los primeros días de mi matrimonio me ayudábais á practicar, y que jamás hubiera emprendido tan solícita y fácilmente, si vos no me hubiésteis servido de guía y de modelo. El Conde parece haberse sor-

prendido, pero en bien, de ese pequeño misterio que vuestra carta le ha revelado y que yo conservaba oculto con tanto menos escrupulo, cuanto que esa especie de liberalidades eran costeadas de los bienes que se me reservaron especialmente. Tengo motivo de pensar que para en adelante ya no exigirá de mí gastos excesivos, sino solamente los adecuados á mi rango, y que yo no podría omitir sin faltar á mi marido, á mi estado y á mí misma. El es ahora el primero, que en estos días de calamidad separa un sobrante, que parece tomado de la miseria pública y que ofende á los desgraciados. Su corazón, de suyo bueno, se hace más y más sensible por vuestras lecciones; pero su espíritu muy joven todavía, su carácter impetuoso, no le permite toda la razón que quisiera yo hallar en él. Bien conozco, que solo la religión puede formarlos antes de la edad; porque tal es su obra maestra: suple á la experiencia misma, y da á la juventud una sabiduría prematura. Valmont solo hace presentir las verdades á que gradualmente le conduciré; y no hace más que entrever el día tan puro, que por vuestros cuidados no tardará en ilustrarlo. Mientras esta viva fuente de luz brilla, hiere su alma, y obra su cambio; cuánto me queda que temer y que sufrir! Su celo se aumenta y produce en él otra especie de ceguedad, casi tan funesta como la primera. Todo le agría, todo le pone sombrío; y las inquietudes, las sospechas que me deja persibir, lastimando mi delicadeza y mi amor á él, forman á la vez mi suplicio y su propio tormento.

No teniendo ya fuerza para soportar ni las penas que sufre, ni la injusticia que me hace; demasiado sensible quizás y demasiado débil para este nuevo género de prueba, un día creí que debía explicarme con él. Había cogido una de sus manos, que mojaba con mis lágrimas. Querido Valmont, le dije después de mil sollozos, ¡qué mirada sombría y feróz diriges hácia mí! Me amas, y en tu amor parece que me aborreces; ¿de qué te quejas? ¿qué sacrificio exiges de mí que no me apresure yo á hacer mas empeño-

samente que lo que pudieras desear? ¿quieres que me condene á un retiro absoluto? me será dulce contigo: mi estado actual trae consigo mil incomodidades que pueden servirme de excusa. Quieres permitir á lo ménos que respecto de Lausane..... Á esta palabra, mi marido se demudó, se estremeció; y su turbacion revelaba mal de su grado sus disposiciones mas secretas.—No, madama, no permito ni exijo nada ridículo é insensato: Lausane será siempre mi amigo; y por muchos motivos seria el último á quien yo quisiese aljar. ¡Qué amigo! exclamé al punto.... Apenas huve pronunciado estas palabras, cuando conocí todas sus consecuencias en la alteracion mas grande todavia que notaba en Valmont, y en todo lo que era de temerse de su vivacidad. ¡Qué! madama, replicó acaloradamente, ¡el Baron os habria faltado?—No se falta, respondí al instante á una muger como yo, sino cuando ella lo quiere: y vos me conoceis. Pero sin faltarme precisamente, el Baron me ama, ó finge amarme; vos habeis jugado con esto, me habeis forzado á recibir sus mui frecuentes visitas; estas me han sido siempre pesadas y debierais agradecerme la molestia que me impuse. Yo no estimo á Lausane lo bastante para hacerlo amigo: ménos me conviene con otro título; pues jamas he ambicionado mas corazon que el de mi marido. Sin embargo, querido Valmont, tu aire inquieto y sombrío cuando se aproxima, parece que me castiga de mi mucha sumision á tu voluntad.—Yo, Señora, ¿me creis celoso?—No lo sé; pero al ménos no he dado lugar á ello ni con mis afectos, ni con mi conducta. Lo que hay de verdad, es que ahora pasas por tal; que Lausane es el primero en burlarse de esto, que sus repetidas visitas me molestan; que su carácter vano me atemoriza, y que me harías el mayor servicio, si me hicieras el favor, sin comprometerme, de librarme de él. Esto tal vez, replicó mi marido con una sangre fria que me enfrió; pero seria manifestar demasiado ese carácter celoso de que parece me acusas. Tranqui-

lízate, ponte contenta, y goza con fiadamente del efecto de tus gracias; es mui justo que el universo esté á tus pies. ¿Yo contenta, respondí derramanda lágrimas, yo tranquila cuando tú no lo estas? ¡Oh! ¿Puedo tener una felicidad que no sea tambien tuya? Dejémos á corazones ambiciosos todas las dignidades, todos los favores de la corte, el mio solo es tierno y sensible, y pone toda su felicidad en amarte y ser amado de tí. Vamos querido Valmont, vamos á participar del destierro de nuestro respetable padre. Vamos al seno de la mas augusta familia á gozar en paz de su ejemplo, de sus luces y de sus virtudes. Todavía me queda bastante tiempo, á lo que espero, atendida mi situacion, para evitar los riesgos de un viage mui precipitado.—¿Y qué se diría de semejante paso?—Se dirá, querido esposo, que me amas mas que todos los honores, mas que cualquiera otro bien, mas que el mundo entero. Se dirá que hemos ido á buscar mas léjos el reposo que no se halla aquí, y que á vista de un padre como el nuestro, nosotros nos bastamos para ser dichosos.... Ah! ¿Qué nos importa lo que se dirá, si somos efectivamente dichosos?—Asi me haria yo el juguete y la fábula de todo lo que me rodea, olvidaria lo que debo á mi príncipe, lo que me debo á mi mismo; ¿y con que fundamento? con el de que me crees celoso. No madama, todo me asegura de tu corazon. Ve á Lausane, y que triunfe con facilidad de una loca esperanza que indudablemente no le has dado. Á estas palabras, mi marido me dejó casi á sus pies, trémula, como una criminal á quien se acusa y que se justifica, desolada y previendo en adelante males todavia mayores. ¡Ó Dios mio! Sed mi apoyo; alejad las desgracias que temo; y si lo permitis por un justo designio, dadme fuerza para soportarlos.

### CARTA TRIGESIMA OCTAVA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Os lo confesaré, padre mio; los caractéres que

unis á la religion verdadera, son los que siempre me han parecido mas sorprendentes y necesarios, si á estos se añade uno, que quisiera no hubieseis omitido; quiero decir, la universalidad. He creido siempre que estos caractéres tan solo podian convenir á la religion natural; y esto es lo que me ha infundido mas respeto hácia ella, y mas desvio de toda religion revelada. Con todo, la aplicasion que haceis de ellos á la religion cristiana, y que justificais tan bien por cuanto á su antigüedad, confirma mas que nunca las dudas que me habeis inspirado en favor de esta religion que me anunciáis. Admiro con vos esos antiguos y respetables monumentos que hacen remontar su origen hasta los primeros dias del mundo: admiro esa relacion de Moyses, tan perfectamente de acuerdo con las verdaderas nociones que debemos tener de la Divinidad, con la naturaleza de las cosas, y con el estado de los primeros pueblos y de las primeras sociedades. En la historia del pueblo judío todo está dispuesto clara y ordenadamente; todos los hechos nacen unos de otros y se prueban recíprocamente; lo que difícilmente se halla, ó mejor dicho, no se halla para nada en los fabulosos anales de esos pueblos, que se jactan de la mayor antigüedad. Segun el plan que me habeis trazado, y el desarrollo que habeis dado á este primer artículo, creo entrever tambien que no ha de seros difícil probar la unidad de la religion y su perpetuidad. Aguardo con impaciencia estas pruebas, y tambien las que deben comprobarme su perfeccion y su santidad.

Mas insisto, mi tierno padre, en la universalidad. Bajo el imperio de un Dios bueno, de un Dios justo, del padre comun del linaje humano, la verdadera religion debe ser, á mi juicio, para todos los hombres; debe ser para todos los lugares como para todos los siglos; y á la verdad que jamas probareis que haya sido así el cristianismo. ¡Lo creeréis, respetabilísimo amigo y padre mio! tanto me habeis reconciliado con él, que yo quisiera que fuese tan demostrado, cuanto á vos parece verda-

Os lo confesare, padre mio; los caractéres que

dero; y comienzo á sentir pesar de no hallarle todos los caractéres de verdad que pudiera desear en él; siento que solo él me satisfaria, me consolaria; porque al fin no es posible ser dichoso en la tierra: la ligereza de las criaturas, lo poco que se debe contar con ellas, los principios de fastidio, de inquietud que hallamos dentro de nosotros mismos, la incertidumbre en que incesantemente flotamos acerca de lo que interesa mas á la razon y al sentimiento, todo nos hace desear un punto de apoyo que sirva de fijarnos, de aliviarnos, de tranquilizarnos; ¡y dónde lo hallaremos, sino en una religion como la que me pintais?

¿Me atreveré segunda vez á manifestaros mi corazon, y presentárosle mas agitado y mas flaco que nunca? ¿Os confesaré lo que no me atrevo á confesar á mi mismo? Ya no amo, ya no puedo amar sino á Emilia; pero dudo si Emilia me ama todavía. . . . Dudo que me haya siempre amado bien. En efecto, cuando conoció mui bien mi amor á mi jóven amiga, ella no prorrumpió en reproches; ni perdió su reposo y su tranquilidad; parece que otra inclinacion habia separado su atencion y llenado su corazon. Tal vez habrá creido que estaba dispensada de todo amor hácia mí, puesto que yo habia dejado de amarla. . . . ¡Mas qué injuriosa sospecha de su virtud! ¡Ah! ¡Luego Emilia tendria todos los vicios! ¡Luego seria falsa, disimulada, pérfida, porque me jura tan tiernamente que me ama y que nunca amó sino á mí! ¡Oh! ¡Era menester que no hallase yo en el fondo de mi corazon mis primeros afectos hácia ella, sino para convertirlos en la fuente de mis mas vivas alarmas y de mi mas cruel tormento! Ayudadme, padre mio, á disipar estos vanos fantasmas de una imaginacion extraviada, que me volveran ridículo á los ojos del mundo, y que ya me hacen insoportable á mi mismo. ¡Qué confianza me habeis inspirado, pues tengo la suficiente para confesaros tanta flaqueza.